

el de la luna *noctiluca*, y tantos otros monumentos y lugares célebres de la Roma antigua, desaparecieron para siempre: unos, pertenecientes á la época de los reyes y de la república, fueron borrados de la superficie de la tierra para dejar espacio á la avarienta majestad de la Casa de Oro: otros han perecido ó han cambiado totalmente de aspecto bajo el influjo devastador de los siglos y de las guerras.

El pontífice Paulo III (*Farnese*) construyó sobre el Palatino, escogiendo sobre los escombros de la casa de los Césares la parte que domina la via Sacra, el Foro y el Velabro, una villa y unos jardines de que fueron sucesivamente arquitectos San Galo, Buonarroti y Vignola. Villa y jardines, llamados *Horti Farnesiani*, reunieron á los encantos del lugar que ocupanlos de las artes traídas á embellecerlos. Estatuas antiguas y fuentes de mármol adornaron de nuevo aquella altura; el eco repitió versos latinos, armoniosos y dulces como los del poeta de los *Tristes*. Duró poco, sin embargo, el apogeo de aquella mansión deliciosa; pronto decaídos y marchitos los jardines, y casi abandonada la casa, ofrecieron una y otros el aspecto de ruinas sobre ruinas. Propiedad de la familia Farnese, pasaron á serlo de la corona de Nápoles, y ahora pertenecen por compra al Emperador de los franceses: el historiador de Julio César ha querido ser dueño del palacio en que se desarrolló el gigantesco poder de que en realidad fué César fundador: cualquier rey de los de ahora, que hubiese abrigado por un instante la ambición de morar en el Palatino, hubiera sufrido un terrible desengaño: un trono en aquella altura debe producir vértigos de muerte. El augusto dueño de la casa de los Césares busca sólo en aquellas catacumbas del imperio romano tesoros de enseñanza para la historia y para la ciencia y para las artes, y el éxito corona sus esfuerzos: las obras de reconocimiento y las excavaciones, perfectamente dirigidas por el signor Pietro Rosa, ofrecen cada día un nuevo raudal de interesantes noticias, un nuevo motivo de regocijo para los amantes de la antigüedad. La villa Mattei, luégo Spada, luégo Magnani, más tarde Mills, y ahora convento de Salesas, ocupa uno de los puntos más conspicuos y nobles del palacio imperial: poseyóla, á fines del

siglo pasado, un frances amante de las antigüedades, Mr. Rancoueil, que, dirigiendo atinadas excavaciones, llegó al descubrimiento de pórticos, de cámaras, de gabinetes, de baños y de preciosos fragmentos de escultura, que excitaron poderosamente la curiosidad de los arqueólogos, y promovieron en todos el deseo de profundizar más y más en las vísceras del Palatino. En las inmediaciones de la iglesia de San Sebastian, erigida en una dependencia del palacio imperial, donde sufrió el martirio el valeroso capitán de la guardia de Diocleciano, se han hallado tambien en várias épocas restos de las antiguas construcciones que cubrieron la colina. La iglesia de San Buenaventura y su antiguo convento de franciscanos españoles, de la reforma de San Pedro Alcántara, ocupan en la inmensa extensión de las ruinas imperiales el espacio correspondiente á la gran sala de baño de los Césares, parecida á la sala central de las termas de Caracalla y Diocleciano. En el vecino jardín del colegio inglés fueron reconocidos los vestigios de la palestra del palacio imperial y de las grandes galerías, que llegaban hasta el Circo.

Hoy puede asegurarse que aquellas ruinas son atendidas y estudiadas con la diligencia de que son dignas su importancia histórica y artística. Merced á su actual estado de conservacion, es dado todavía al viajero poner la planta en aquel *clivus palatinus*, que, arrancando desde la via *Sacra*, se extendia hasta la puerta *Vetus*, de la cual quiere aún la suspicaz arqueología descubrir restos lejanos: puede recorrer las que fueron termas de Calígula y la grandiosa sala de Domiciano y las cámaras redondas ó rectangulares, cubiertas de mosaicos, y señalar lo que en el inventario informe de aquellas ruinas corresponde á cada uno de los emperadores, que por allí pasaron y desde allí dictaron leyes al mundo; puede, por último, el viajero, sobrecogido por la contemplacion de tanta grandeza aniquilada, subir á la magnífica planicie de los jardines, donde el espíritu se repone y la vista goza uno de los más bellos y sorprendentes panoramas que las alturas de Roma ofrecen; á un lado el ancho valle, donde estuvo el circo Máximo, al otro el Foro con sus magníficos despojos, más allá el Capitolio, cuya altura es to-

davía menor que ésta en que estamos: todas las colinas parece que se humillan ante la majestad real del Palatino. Aquí se condensa todo un mundo de recuerdos. Aquí están el *Atrio* y las grandes cámaras de la corte imperial y el *Tablinum* ó gran sala de recepcion y el *lararium* ó lugar destinado á los dioses lares, el oratorio, como si dijéramos, del palacio; la Basílica particular del Emperador, donde se sentaba como juez, y en donde fueron sentenciados á muerte San Silvestre y San Lorenzo. La sala cuadrada de más allá es el *Perystilo* con pavimento y columnas de mármol, sobre dos estancias subterráneas, que áun llevan el nombre de baños de Livia, y que son la única parte de la casa de Augusto, salvada del incendio de Neron. Del *Perystilo* se pasa al *Triclinium*, sala de comer, que ahora hace diez y nueve siglos se llamaba refectorio de Júpiter: hoy las lagartijas esmaltan con su verde obscuro los fragmentos de mosaico, donde más de una vez pusieron su pié el dios Calígula y el Apolo Neron: á la derecha se abre el *Nymphæum*, baño delicioso, decorado de flores y esculturas, con pavimento de alabastro y columnas amarillas, que semejan nácar. Siguen la Biblioteca y la Academia: en los huecos de piedra, donde estuvieron los asientos de los amigos de Augusto, donde se sentaron acaso los Mecénas y los Virgílios, probó á reunirse en pasados siglos la Academia de los árcades, inspirándose en aquella misma colina habitada por el árcade Evandro, del espíritu pastoril que precede al espíritu guerrero: galvanizacion, inútil galvanizacion; aquellos asientos, aunque derruidos, aunque abandonados, son grandes para los tiempos modernos. La tumba del talento debe ser aún más sagrada que la tumba de los huesos y de las cenizas. Hoy los árcades van al Palatino el día 21 de Abril á recoger flores junto á la cuna de Roma: esto es más respetuoso y aún más poético. Desde aquí podemos recorrer en pocos pasos el antiguo *Auguracrium* y el espacio donde fué la puerta Vieja del Palatino de Rómulo, la puerta Mugonia: por el lado que mira al Tíber se ven las ruinas bien definidas de las construcciones de Calígula y los arranques del puente colosal y los del corredor, por donde se asomaba á media noche, pidiendo luz á los dioses, porque la obscuridad lo ahogaba: la

cuesta, que á nuestros piés comienza, es el *Clivus Victoriae*; allí estuvo la puerta Románula; las ruinas, que la cubren, saben mejor que nadie la historia de Tiberio: al pié de esta colina fué la cabaña de Faústulo; quizá ella mejor que la corriente del Tíber oyó los primeros vagidos del primer rey de Roma. Volvamos á la cumbre: hoy en un cuadro de tierra, cubierta de musgo y de flores silvestres en el centro de una vasta superficie de escombros, se alza un cartel que dice: «Aquí estuvo el trono del mundo.» ¿Qué fuerza misteriosa detiene y clava al viajero en esta altura, donde el sol alumbra, más que horizontes, siglos, y donde la historia se presenta, no en libro rico de páginas, sino en cuadro abundante de colores? Aquí nació Roma; por aquí han pasado las tribus pastoras y las huestes guerreras; aquí ha reinado la sencillez de la primera monarquía; aquí hirvieron las ambiciones de la república; aquí se asentó con pesadumbre abrumadora el coloso del imperio; por aquí han pasado la libertad y el despotismo. Estos mármoles rotos han escuchado deliberaciones, en que se trataba de la suerte del mundo: aquí se firmó el decreto, que envió á Heródes á la Judea, y aquel otro del empadronamiento, en cuya virtud se cumplieron los destinos de Belen; aquí recibieron culto las divinidades del Olimpo, y más culto aún la podrida humanidad de los Neronos y los Eliogábalos; aquí tuvieron su primer palacio las ciencias, y su primer museo las artes, y su nacimiento el teatro, y sus casas los oradores y los poetas. Contra estas paredes chocaron muchas veces el ruido de las orgías y los suspiros de mujeres sin ventura. Sobre esta cumbre, que domina, á Roma, se asomaba en los tres primeros siglos un hombre de cinco piés de estatura, acaso un jóven enfermizo ó epiléptico, acaso un loco, mirando á todos lados, atravesando con sus miradas las cordilleras de Tibur y la extension de los mares, decia: «El mundo me pertenece; veinte y cinco legiones obedecen á mi voz; las naves, que surcan todas las aguas conocidas, levantan á las nubes mi enseña imperial: yo soy el heredero de todos los grandes imperios de Sesostris, de Ciro y de Alejandro; yo reuno en una misma ley, en la ley única de mi voluntad, á la Bretaña, casi salyaje, y á la Galia, difícilmente sometida,

y á la hermosa tierra, que cae á este lado de las columnas de Hércules, y á la Grecia, madre de la civilización, y al Egipto, que fué maestro de la Grecia, y las vastas regiones del Asia Occidental. Las tres razas del humano linaje, la de Sem, la de Cham y la de Japhet, son mías; mi nombre es saludado en todas las lenguas que sus mil familias hablan: todo el saber y todos los cultos de las ciudades, que baña el Nilo, y de las que lavan sus piés en el mar Adriático y en el Tirreno y en el Océano incommensurable, y de las que se levantan en los países por donde el sol se oculta, y las que caen al otro lado del Ebro, y las que se miran en la corriente del Bétis, todo se rinde á mi voz, todo está sometido á mi palabra. Yo soy el dios Calígula, yo soy el dios Neron.»

Y en tanto, allá en la isla de Pathmos, un solitario que se vestía con las hojas de los árboles y se alimentaba con miel silvestre escribía esta sentencia:

«Entonces vino uno de los siete ángeles y me habló y me dijo: Voy á mostrarte la condenación de la gran pecadora, que está sentada junto á las grandes aguas:

»Y el ángel me llevó en espíritu al desierto y vi una mujer sentada sobre una bestia de color de escarlata, llena de nombres de blasfemos, que tiene siete cabezas y diez cuernos.

»La mujer estaba también vestida de púrpura y de escarlata, adornada de oro y de piedras preciosas y de perlas: y tenía en la mano una copa de oro.

»Y en su frente llevaba escrito este nombre: Misterio.

»El ángel me dijo entonces: ¿Por qué te sorprendes? Yo voy á descubrirte el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, de la bestia de siete cabezas y diez cuernos.

»Las siete cabezas son siete montañas sobre las cuales la mujer está sentada.

«Y me dijo: Las aguas que has visto, sobre las cuales la mujer se sienta, son los pueblos, las naciones y las lenguas:

»Y la mujer que tú has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.

»Sus dueños dicen: ¿Qué ciudad ha igualado nunca á esta gran ciudad?.....»

Basta. Calígula y Neron, soñando despiertos en la gran terraza del Palatino, y el evangelista del amor, escribiendo estos versículos del *Apocalipsis*, son la providencial figura de la humanidad en el período más solemne de la historia: la humanidad tiene su cuerpo, que es de tierra, en el Palatino: el espíritu está en la isla de Pathmos. El espíritu vence á la materia: la copa del néctar, que embriaga y mata, cae de las manos de la mujer del *Apocalipsis*, y otra mujer ofrece á la humanidad rescatada la copa del amor celestial, que vivifica.

¿Sabeis cuáles son hoy los fieles guardadores del orgulloso monte Palatino? Una mártir de los primeros siglos, llamada Anastasia, mora al pié del ángulo occidental mirando al Circo, donde tantos millares de hermanos la habian precedido en el martirio. En medio de las ruinas del palacio de los Césares, donde estuvo el Hipodromo, recibe culto otro mártir de los tiempos de Ines y de Fabiola. Sebastian, capitán de guardias de Diocleciano, fué asaeteado en aquel mismo lugar debajo de los balcones del Emperador. Sobre los restos imponentes de los baños de Neron hay un convento de franciscanos, fundado por frailes españoles de la reforma de San Pedro Alcántara, bajo la advocación de San Buenaventura: en la cumbre de la colina oran las hijas humildes de San Francisco de Sales. Los mártires y los mendigos han heredado el palacio de los señores del universo. La hermosa palmera del jardinillo de San Buenaventura, que se balancea sobre la casa de Neron, dominando los cipreses del Celio y la cumbre del Aventino y las ruinas, que bordan las orillas del Tíber, parece un símbolo misterioso de los destinos del mundo: peregrina de Oriente, diríase que á nombre de aquella tierra bendita ha venido á tomar posesión de esta otra tierra, y á levantarse, emblema del triunfo perdurable, sobre aquel mismo *mundus*, donde Rómulo puso el cimiento de la ciudad universal.

II.

Habia, como hemos dicho, en los emperadores Flavios, sucesores de Neron, de Galva, Othon y Vitelio, cierta impaciencia por deshacer la insultante *Domus Aurea*, como se retoca y se corrige y por último se borra una palabra, que expresa ideas profundas ó despierta recuerdos que mortifican. Diríase que una ráfaga de buen sentido cruzaba por delante del trono imperial en la época de los Flavios, precursora de aquella especie de claridad, que ha de aparecer en los primeros días de España Trajano. Una buena parte de la morada de Neron pasa al dominio del pueblo: las magníficas estancias, que daban al Esquilino, se convierten en termas: el ancho valle, que al pié de las colinas ocupa aquel estanque, llamado *mar* por Suetonio, va á ser también consagrado al deleite de la multitud: un anfiteatro de piedra se levantará en aquel recinto:

*Hic ubi conspicui venerabilis amphiteatri
Erigitur moles, stagna Neronis erant.*

¡Qué anfiteatro! No lo había conocido igual la antigüedad: nó lo han tenido semejante en grandeza los siglos posteriores. Por la colosal magnitud de sus proporciones, mejor aún que por el coloso de Neron, que allí cerca se alzaba, después de la destrucción del pórtico para que se hizo, el anfiteatro recibió y conserva el nombre de Coliseo, que en Roma todavía se pronuncia *Coloseo*.

El gusto romano, educado en sus primeros tiempos bajo la inspiración de los modelos griegos, propendía á lo bello en todas sus manifestaciones: cuando los dominios de Roma se extendieron y su majestad imperial tocó en los confines de la omnipotencia, la aguja de las artes, desviándose de lo bello, apuntó con preferencia á lo grandioso y lo desmesurado. La

Grecia gime cautiva en el número de las provincias romanas, Augusto ha conquistado el Egipto, y los obeliscos vienen como ofrenda silenciosa desde las orillas del Nilo á las del Tiber: las pirámides de los Faraones no pueden ser arrancadas del suelo que las mantiene; pero los herederos del romano Cestio copiaron en pequeño una de aquellas moles gigantescas para guardar en Roma, con las cenizas del rico Epulon, las avenidas de la puerta Ostiense. Vespasiano y Tito han sometido la Judea: el templo de Jerusalem yace en escombros, como el Profeta lo previó: el Jordan, en figura de un anciano abatido, llora en el bajo-relieve del arco de la vía Sacra: el candelabro y los vasos del culto de Moisés están en el templo de la Paz. Roma simboliza todas las glorias y todas las grandezas de los tiempos y de las naciones. Puede adoptar todos los estilos sin plagiar, que todo es suyo: puede acometer todas las empresas sin temor, que todo está al alcance de su fuerza. Para alojar á todos los dioses del Olimpo, ha construido el Panteon: para rendir adoración á Júpiter, óptimo y máximo, su dios nacional, ha levantado el templo del Capitolio: para honrar la majestad de la plebe romana, erige el Anfiteatro.

De todos los monumentos de la Roma antigua, éste es el que revela con ménos obscuridad los caracteres todos de su primitiva construcción: íntegro en una, aunque pequeña parte, maltratado en otras, caído en alguna, se ofrece á los ojos del viajero y al juicio de la historia como un gigante de piedra, que resiste á los siglos y que publica, en medio de la civilización moderna, el término del progreso, tal como lo entendió la civilización pagana. El Anfiteatro es la ruina más simpática para los hijos de Roma: profecía, leyenda ó tradición, los romanos abrigan la creencia de que Roma vivirá mientras el Coliseo permanezca en pié: verdad es que la historia de Roma, á contar desde el siglo II, está tan enlazada á la de este gran monumento de su grandeza, que las vicisitudes del Coliseo determinan, puede decirse, paso á paso los días prósperos y los adversos de la ciudad de las siete colinas.

Si el teatro en Roma es griego, el anfiteatro es romano: la idea de *duplicar* el edificio destinado á las representaciones y

convertir en círculo ó elipse el hemicíclo teatral, fué puesta por obra en Roma poco ántes de la era cristiana, en el cuarto consulado de Augusto, por Tauro Statilio, de quien dice Dion que edificó un teatro *venatorio* de piedra en el campo Marcio.....

El teatro y los juegos escénicos no satisfacian la sed de emociones y la versátil curiosidad del pueblo romano. Muchas veces la gran mayoría de los espectadores,

*Quod numero plures, virtute et honore minores
Indocti stolidique et depugnare parati,*

interrumpia desafortadamente el curso de la representacion y el diálogo animado y la fábula interesante de poetas, como Plauto ó Terencio, para pedir lucha de fieras ó escenas de pugilato:

*Media inter carmina poscunt
Aut ursum aut pugiles; his nam plebicula gaudet.*

Bien pronto el anfiteatro de Statilio Tauro y los circos fueron á su vez insuficientes, para proveer de espectáculos á un pueblo de tres millones de habitantes, para quienes los espectáculos eran parte principal de la vida. Ocasión oportuna tendríamos de examinar el carácter del teatro y de los actores en Roma: al visitar las grandes ruinas del Circo, que caen al otro lado de este monte Palatino en que nos hallamos, vendrán á nuestra memoria los juegos circenses, la parte clásica y popular del espectáculo romano. El anfiteatro Flavio, que ahora recorremos, pertenece ya á una época de refinamiento en los goces de la ferocidad. Quien escriba con riguroso orden cronológico la historia de los espectáculos sangrientos de la metrópoli del mundo, no llegará al Coliseo sino á la mitad del libro.

Los que representaron comedias y pantomimas no fueron jamas los actores verdaderamente queridos de la sociedad romana. Sus dramas eran frivolidad, niñería, insípido pasatiempo: el drama serio y patético es aquel en que mueren hombres: la verdadera escena es la arena ensangrentada y humeante del Coliseo: el gran cómico de Roma es el gladiador ó el bestiario: la caza y el combate: aquélla á la gloria de Diana: éste á la gloria de Júpiter. En la caza se agotan todas las maneras de

lucha de animales con animales y con el hombre: el interes aumenta segun que está más en riesgo la vida humana. En el combate de hombres brillan como resplandores siniestros el arte de matar y la gracia de morir. El pueblo asiste *en connaisseur*, sin perder un solo movimiento de los luchadores. Ochenta y siete mil personas guardan en los instantes decisivos silencio tan profundo, que se percibe el crujir de las carnes abiertas por la espada, y el aliento entrecortado del que sucumbe en la lid. El pueblo juzga una agonía como pudiera juzgar el mejor rasgo dramático: aplaude, ántes de que hiera, el golpe que reputa mortal: silba á la víctima que cae torcidamente ó que da muestras de dolor: un quejido sería ignominia: una lágrima, deshonra: hay bravos para una herida, entusiasmo para un gesto, aclamaciones frenéticas para el que mata pronto y para el que muere bien. ¿Qué quereis? decia Séneca, el pueblo se fastidia: es preciso que por la mañana vea matar y por la tarde mate..... Roma, sin creencia, sin ilusiones, sin patria, sin Dios, no conocia más que el entusiasmo y el delirio de la matanza. Gran fenómeno psicológico en la historia de la humanidad aquella alegría insensata puesta en lo que ahora nos repugna y nos hace estremecer. No caben ya en nuestro pensamiento, sino para inspirar emociones de terror, aquellos millares de hombres, que exhalan gritos de rabia cuando temen que una víctima defraude el goce que con su agonía se prometieron, ó ver que un gladiador vacila ó teme ó corre: ¿por qué rugen cien mil espectadores, por qué esa cobardía delante del hierro, por qué esa lentitud en matar, por qué tanta pereza en el morir? Estas horribles reconvenciones, que Séneca nos ha conservado, hielan todavía la sangre, sin que en el transcurso de diez y ocho siglos hayan perdido nada de su fiereza original. *Quare tam timide incurrit in ferrum, quare parum audacter occidit, quare parum libenter moritur?* Hoy no podemos concebir aquellas horribles sentencias dictadas por el pueblo contra el gladiador vencido, miéntras el vencedor, poniéndole el pié en el cuello, espera con indiferencia la decision del soberano, y el infeliz, que yace en el polvo, compone sus miembros para espirar con todas las reglas del arte. En vano querriamos ya formar idea exacta